

150 AÑOS DE LA LAUREADA DEL TERCIO DEL SUR

Jesús CAMPELO GAÍNZA



Una necesaria introducción. El porqué del conflicto carlista



El próximo 11 de enero se cumplirá un siglo y medio de la concesión por la Real Orden de San Fernando de la Laureada colectiva al segundo batallón del primer regimiento de Infantería de Marina, durante la tercera guerra carlista.

El 3 de abril de 1830 se publicaba la Pragmática Sanción (1), por la que, ante la circunstancia de que un rey no hubiera tenido ningún hijo varón que pudiese heredar su corona, se anulaba el Auto Acordado de Felipe V del siglo anterior, en el que se prohibía a las mujeres acceder al trono de España, lo que se conocía como la Ley Sálica, documento en el que se quiso incluir un viejo texto de la *Primera Crónica General* de Alfonso X el Sabio que dictaba el tradicional orden sucesorio de los reyes de Castilla (2). Una real intención que, algo más de un año antes, ya había dejado claramente por escrito el rey Fernando VII (3), que fallecería el día 29 de septiembre de 1833, nombrándose

(1) *Pragmática-Sanción en fuerza de ley decretada por el Señor Rey Don Carlos Cuarto a petición de las Cortes del año de 1789, y mandada publicar por S. M. Reinante [Fernando VII], para la observancia perpetua de la Ley segunda, título quince, partida segunda, que establece la sucesión regular en la Corona de España*, publicada en la *Gaceta de Madrid*, núm. 40, de 3 de abril de 1830.

(2) Su traducción del castellano antiguo sería «que el señorío del reino lo herede siempre aquél que venga por línea directa, y por eso se establece que, si no hay hijo varón, el reino lo herede la hija mayor».

(3) «Así mismo es mi voluntad que, si fuera una Infanta la que dejara a mi fallecimiento o la que sobreviviera a los demás hijos míos varones, entre igualmente a suceder en los términos



Isabel II, niña, de Carlos Luis de Ribera y Fieve.
(Museo del Prado)

como reina de España a su joven hija Isabel, que contaba con tan sólo dos años, y como regente a su viuda la reina María Cristina de Borbón-Dos Sicilias.

De esta manera, su hermano Carlos María Isidro, que había sido el heredero hasta que esa niña nació y que se había negado a prestar juramento de fidelidad a su sobrina, quedó fuera de toda sucesión al trono. Esto provocó una gran desolación para él y una tremenda indignación entre sus admiradores, partidarios de una monarquía absoluta. Sólo dos días más tarde, ya autoproclamado como Carlos V, haría público el Manifiesto de Abrantes, por el que reclamaba sus derechos dinásticos. Automáticamente estalló una cruenta guerra civil que duró casi siete años, hasta agosto de 1839, contra las fuerzas leales a la reina, de ideología liberal y llamados «isabe-

linos» o «cristinos» por su madre. Popularmente ha sido conocida como la primera guerra carlista.

En septiembre de 1846, sólo siete años más tarde, y después de que el infante Carlos María Isidro abdicase sus derechos en su hijo Carlos Luis, estalló la segunda guerra carlista al levantarse en armas contra su prima. En esta ocasión sería básicamente una sublevación popular en distintos puntos de Cataluña, donde aún quedaban algunos grupos que no se habían rendido, y que duró hasta el mes de mayo de 1849. En ambas guerras los infantes de marina destacaron por su actuación en todos los frentes.

expresados, a pesar de lo previsto en contra por el nuevo reglamento sobre la sucesión de estos reinos que hizo mi ilustre bisabuelo D. Felipe quinto el diez de mayo de 1713, el cual anulo expresamente usando mi poder soberano».

La Infantería de Marina en las dos primeras guerras carlistas

Debido a las necesidades que estaba provocando el primer conflicto carlista, en febrero de 1836 el ministro de Marina Francisco Javier de Ulloa ordenó la reorganización del Cuerpo en cinco batallones de Infantería de Marina. Tres de ellos combatirían «pie a tierra» y se denominaron tercero, cuarto y quinto, quedando los otros dos, el primero y segundo, para el servicio en buques y dependencias navales. El tercer batallón se organizó en San Fernando y quedó a las órdenes del teniente coronel José Ussel de Guimbarde Anzoátegui; el cuarto se apostó en Ferrol y lo mandó el veterano Bartolomé Pita da Veiga y Romero, y el quinto se estableció en Molina de Aragón (Guadalajara) con las compañías que el Cuerpo tenía destacadas en Madrid, y a su frente se puso a Joaquín María Vial y Vácaro. Lo que más llamó la atención en este conflicto fue el largo desplazamiento por todo el país que ejecutaron estos tres batallones de Infantería de Marina, sobre todo durante los últimos cuatro años de la guerra. Así, el tercer batallón operó en el campo de Gibraltar, en las provincias de Córdoba y Sevilla, para luego seguir combatiendo por Ciudad Real, Albacete, Badajoz, Cáceres, Toledo, Cuenca y Soria. Finalizaría la guerra nada menos que en Tafalla (Navarra), integrado en la división del general De la Concha. Por su parte, el cuarto batallón de Infantería de Marina comenzó participando en el combate de la localidad coruñesa de Mellid, para después continuar su avance



El famoso abrazo de Vergara que puso fin a la primera guerra carlista.
(Grabado del Museo Histórico Militar de San Sebastián)

por todo el norte de la península hasta llegar a Bilbao, interviniendo también en los victoriosos desembarcos de Portugalete y Luchana a las órdenes del general Espartero. Por último, el quinto batallón, que por ser organizado en Guadalupe dependió del Ejército del Centro, combatió en las provincias de Valencia, Tarragona, Teruel y Castellón, hasta que se consiguió la completa pacificación de la comarca del Maestrazgo. Muestra de la brillante actuación en esta guerra de los infantes de marina es que diecisiete de ellos fueron condecorados con la Cruz sencilla de 1.^a clase de la Orden de San Fernando (4). A pesar de ello, el Real Decreto de 29 de diciembre de 1841 traería una importante reforma en el Cuerpo después de que el ministro de Marina García Camba cediera al Ejército estos tres batallones que tan valientemente habían luchado y que, como habían sido costeados por el Ministerio de la Guerra, pasaban a refundar el Regimiento de Infantería Asturias n.º 31 (5). De esta manera quedaron en la Armada tan sólo dos batallones, que siguieron prestando sus servicios embarcados en diversos buques de la Armada y guarneciendo los arsenales.

En la segunda guerra carlista, aunque estuvo más localizada y fue más corta, los infantes de marina que participaron volvieron a destacar, obteniendo de nuevo varias condecoraciones de la Real Orden de San Fernando. (6).

La campaña de Somorrostro de la tercera guerra carlista

El 21 de abril de 1872 comenzó la tercera guerra carlista entre los partidarios del duque de Madrid, Carlos VII, nieto de Carlos María Isidro y sobrino de Carlos Luis, y los del Gobierno del rey Amadeo I. Esta contienda se libró sobre

(4) El teniente coronel Ussel de Guimbarda, el comandante Antonio Fernández de Landa, los capitanes José Benito María y Ramón Santos Gómez, los tenientes Manuel Perea Vicente, Teodoro Alemán González, Blas García de Quesada, Fernando de Murias, Antonio Tacón y Lescura, Félix Ortega Pavía, Dionisio Martínez Villaroel, Antonio García Vidal y José Moreno Daoíz y Sopranis —quien la ganaría nada menos que tres veces en las batallas de Trillo, Vall de Uxó y San Cristóbal de Alcora—, los subtenientes Luis Hernández-Pinzón Álvarez, Marcelino de Saavedra Parga Meneses y Wenceslao Valcárcel. Igualmente obtuvo esta condecoración el cabo segundo Antonio García, primero de la clase de tropa de Infantería de Marina en entrar en esta Real Orden.

(5) Esta disposición decía así: «Incorporados en el Ministerio de la guerra de vuestro cargo, según lo dispuesto en el artículo 6 del Decreto de 29 del corriente mes, los tres batallones de Infantería de Marina, como regente del Reino durante la menor edad de la reina doña Isabel II y en su real nombre, he venido a decretar que con los tres mencionados batallones se forme un regimiento de Infantería, que llevará el nombre de Asturias y será el 31 de los de su clase. Tendréislo entendido, y lo comunicareis a quien corresponda para su cumplimiento».

(6) Como el subteniente de Infantería de Marina Bernardo Canals, ayudante de Marina de Palafrugell y Sant Feliu de Guíxols (Gerona), o el teniente de Infantería de Marina Francisco Vázquez de Castro Butler, integrado en el Regimiento Asturias n.º 31, que fue recompensado con nada menos que tres cruces sencillas de primera clase de la Real Orden de San

todo en Cataluña y el norte de España, donde se llegó a crear un verdadero Estado carlista con base en las diputaciones forales. Como en los dos conflictos anteriores, los infantes de marina fueron llamados a participar dentro de las unidades del Ejército, integrándose en diferentes divisiones los pertenecientes a los regimientos de San Fernando y Cartagena, ya que los de Ferrol se encontraban desplegados desde el año 1868 en el enfrentamiento que había estallado en Cuba contra los insurrectos mambises (7).

Al no producirse muchos avances en los primeros compases de la confrontación, y a pesar del cambio de régimen el 11 de febrero de 1873 con la proclamación de la Primera República, el pretendiente al trono quiso tomar alguna plaza



Carlos VII, duque de Madrid.
(Fuente: www.wikipedia.org)

importante para, mediante coacción, imponer de nuevo una monarquía absoluta personalizada en él mismo. Después de valorar la opción de Pamplona o San Sebastián, finalmente se decidió por Bilbao, aparentemente más fácil de defender gracias a su situación geográfica. Así, tras tomar en primer lugar el paso de Olabeaga para dejar totalmente taponada la ría, la población de Portugalete y todas las alturas que rodean la ciudad, el 21 de enero de 1874 comenzó formalmente el sitio de Bilbao. La fuerza carlista del general Mendirry se organizó en dos líneas de combate en la margen izquierda del río Nervión, una en el valle de Somorrostro y la otra en los altos de Castrejana. En ambas

Fernando por su heroica actuación en diversas batallas libradas en las provincias de Tarragona y Barcelona.

(7) Desde la reforma del 4 de febrero de 1869 del ministro Topete, la Infantería de Marina estaba organizada en tres regimientos de dos batallones de seis compañías cada uno. El primer regimiento en San Fernando, el segundo en Ferrol y el tercero en Cartagena. Fuera de la península, existía una compañía en el apostadero de La Habana y otros dos batallones de tropa indígena en el de Filipinas.



Grabado de Joaquín Albacete y Fuster.
(Fuente: *La Ilustración Española y Americana*)

líneas estaban desplegados unos 12.000 hombres y ocho cañones, que también tenían la misión de frenar el avance de la fuerza que sin duda pronto les mandaría el Gobierno para levantar el asedio. Este Ejército fue el del Norte, compuesto por 22.000 hombres y 24 cañones, al mando del general Domingo Moriones y Murillo, el cual tuvo la misión de socorrer a los bilbaínos después de tenerse noticias de que el cerco carlista empezaba a provocar el racionamiento de víveres entre la angustiada población. Ante esta situación, se decidió que se uniera a esa campaña el segundo batallón del teniente coronel Joaquín Albacete y Fuster, del primer regimiento de Infantería de Marina de San Fernando, saliendo el 27 de enero en tren hacia Santander.

El día 24 de febrero de 1874, las fuerzas liberales atacaron las laderas del monte Montañó, que constituían el núcleo principal del enemigo, siendo rechazados repetidamente por las unidades carlistas, tras lo cual el general Moriones envió a Madrid un telegrama que decía: «Imposible romper la línea del enemigo. Manden refuerzos y otro general».

El general que lo sustituyó y tomó el mando de la operación para la liberación de Bilbao fue el propio presidente del Poder Ejecutivo, el general Francisco Serrano y Domínguez, acompañado por su ministro de Marina, el almirante Juan Bautista Topete y Carballo.

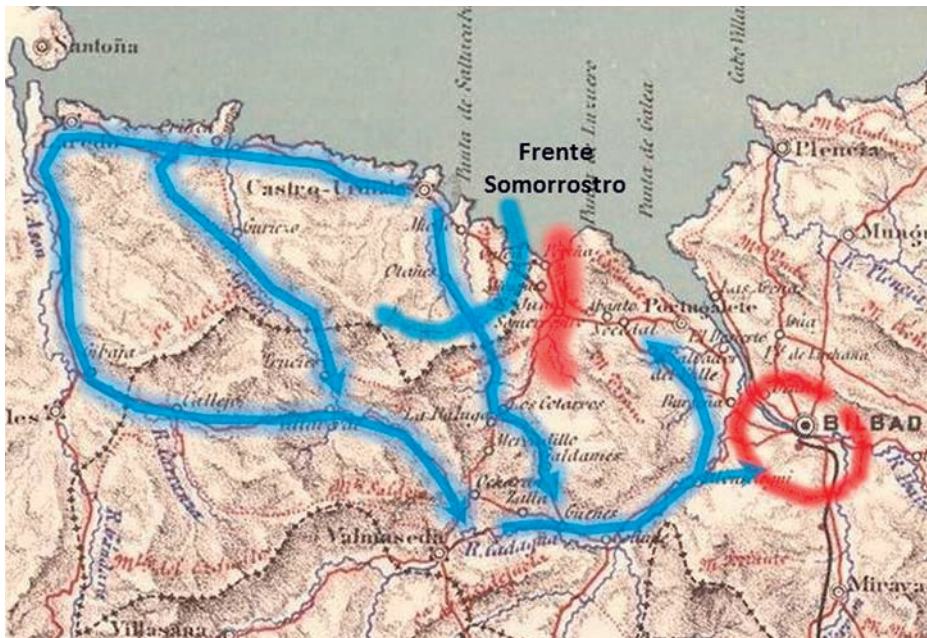
Tras reunir un total de 30.000 hombres y 50 cañones con incorporaciones llegadas desde toda la península, este reforzado Ejército del Norte quedó conformado por tres cuerpos de ejército. El primero a las órdenes del general Antonio López de Letona, el segundo a las del general Fernando Primo de Rivera y Sobremonte y el tercero al mando del general José María de Loma. El mencionado segundo batallón de Infantería de Marina quedó integrado en la primera brigada del segundo cuerpo de ejército. Ante ellos, el ingeniero carlista José Garín preparó una potente defensiva compuesta por cientos de zanjas y

trincheras, con un ejército algo más aumentado, que ya sumaba 15.000 hombres y ocho cañones.

En un primer lugar se planeó realizar un desembarco en la margen derecha de Bilbao, en Algorta y Luchana, tal y como había hecho el general Espartero en 1836 durante la primera guerra carlista; pero el mal estado de la mar hizo que se desechara esta operación, con lo que se volvió a iniciar un nuevo asalto por el valle de Somorrostro el día 25 de marzo.

Tras intentar romper sin éxito el frente por los montes de Triano, se decidió converger con todas las fuerzas liberales hacia el centro. El objetivo principal en ese momento fue el pueblecito de San Pedro Abanto, situado en medio de la línea carlista, con el fin de partirla y dividirla. Estaba defendido por las fuerzas carlistas de los generales Ollo y Rada.

Pasados dos días de tremenda lucha, se cuenta que el teniente coronel de Infantería de Marina Joaquín Albacete y Fuster se presentó al general Serrano y le dijo: «Excelencia, me permito presentarle mi decidido compromiso para entrar con mi batallón en San Pedro Abanto», a lo que el general le contestó: «Buena suerte; la causa está en sus manos», y le ordenó ir en vanguardia del cuerpo de ejército del general Primo de Rivera. La batalla comenzaría al alba



Esbozo del primer plan trazado por De la Concha para la superación de la línea de Somorrostro y levantamiento del sitio de Bilbao. (Blog de Mikelatz: «Hechos, anécdotas y relatos de las guerras carlistas»)



Grabado de la batalla de Somorrostro. (Fuente: meisterdrucke.com)

del día 27. Para su descripción, nada mejor que recurrir a las palabras textuales del informe que redactó el general Juan de Zavala, jefe del Estado Mayor del general Serrano, para el ministro de la Guerra: «Al amanecer se rompió el fuego en toda la línea, que se sostuvo no muy vivo por el enemigo. A las doce de la mañana dispuse que toda la artillería tirase sobre las posiciones de San Pedro Abanto y casas próximas, teniendo ya los generales Primo de Rivera y Loma dispuestas dos columnas de a cuatro batallones para atacar por los dos flancos, tanto la iglesia de San Pedro Abanto como las casas llamadas de Murrieta. A la una se lanzaron las columnas con ímpetu a las posiciones enemigas, de las que se rompió un vivísimo fuego de fusilería de la doble y triple línea de trincheras en las que se guarnecían los carlistas. La primera línea de Primo de Rivera, que estaba compuesta por cuatro batallones, lo hacía por la derecha. En la vanguardia iba el batallón de Infantería de Marina, protegido por los otros batallones desplegados en guerrilla».

En ese momento, el teniente coronel Albacete y Fuster ordenó a sus oficiales: «¡Señores capitanes, a la cabeza de sus compañías!», dando comienzo un duro asalto a la bayoneta. Continuaba la crónica de aquel día: «La carretera ascendía en forma de ángulo hacia una decena de casas que, divididas en dos grupos, uno más alto que otro, formaban el pueblo de Murrieta. Situado a menos de un

kilómetro de San Pedro de Abanto, tenían que ocuparlo para lanzar desde allí el ataque final. Resguardados por una triple línea de trincheras, tres batallones carlistas con más de un millar de soldados los recibieron con un vivo fuego de fusilería». A pesar de esa dura resistencia, la unidad empezó a subir la escarpada cota hasta conquistar el Caserío de Murrieta en una brillante carga cuya bravura fue imposible describir, pues causó la admiración hasta del propio enemigo, que dejaría escrito el siguiente testimonio: «... un batallón de Infantería de Marina intenta asaltar los parapetos. Los nuestros hacen una, y otra, y muchas descargas nutridísimas. Los marinos ensangrientan el suelo, pero no desmayan, y vuelven al intento. Casi quedó en cuadro el batallón, pero los que quedaban se defendían con bravura».

Se llegó a contar que fue tan difícil parar el ímpetu de la tropa que, tras mandar «alto al avance», los infantes de marina siguieron persiguiendo por la ladera a los enemigos en fuga.

Finalizaba la crónica del general Zavala: «... las tropas avanzaron, despreciando la muerte y electrizadas por el ejemplo de sus mandos, hasta las posiciones que debían ser conquistadas, tomando a la bayoneta varias trincheras carlistas y el barrio de Murrieta, importantísima posición a corta distancia de San Pedro Abanto. Los batallones de Estella, Las Navas, Barbastro, Ramales y otros se cubrieron de gloria. El de Infantería de Marina hizo verdaderos prodigios de heroísmo. Los jefes y oficiales eran siempre los primeros en el ataque,



Ruinas de la iglesia de San Pedro Abanto.

Grabado de las ruinas de la iglesia de San Pedro Abanto.
(Fuente: Luis Urgellés, *El Estandarte Real*)



Antiguo mural que existía en una pared del Cuartel de Batallones.
(Fuente: archivo del autor)

pero ¡cuántos infelices perdieron allí su existencia, o sellaron con sangre generosa su amor a las instituciones liberales!».

También en uno de los diarios de sesiones del Consejo de Ministros quedó registrada esta acción de la siguiente manera: «... el choque fue violentísimo; cada piedra era un baluarte; cada mata, un reducto; cada arroyuelo, un foso invadable. Se perdió una casa cuatro veces. El Ejército carlista hizo justicia a aquellos heroicos y sufridos soldados cuando al verlos diezmados por la metralla paso a paso, haciendo fuego, prorrumplieron en entusiastas vivas a aquel incomparable batallón de Infantería de Marina... y a aquellos oficiales que, con las hojas de sus sables rotas por las balas, ebrios de coraje, habían llegado casi a tapan con sus cuerpos la boca de los cañones».

De hecho, en esta sangrienta batalla del día 27 de marzo cayó un tercio del batallón de Infantería de Marina, y siempre se ha dicho que de la primera compañía sólo quedaron en pie tres hombres, muriendo incluso su propio jefe al frente de sus soldados, el capitán Ramón Pardo y Pardo (8). Lo mismo le ocurrió al capitán Mariano Barra y Mur, que mandaba la segunda.

(8) En esta batalla de San Pedro Abanto también se distinguió en la sexta compañía el teniente Manuel Puyou Dávila, ascendido a capitán por sus méritos, el mismo que pocos años después obtendría una Laureada individual en tierras cubanas.

Al día siguiente, lo que quedaba de este heroico batallón de Infantería de Marina desfiló ante toda su división del Ejército del Norte y, presentándole armas, le hizo un mudo homenaje de admiración y respeto.

Pero a pesar de ser desbordado de esta manera el Ejército carlista, fue necesaria una tercera batalla en el valle de Somorrostro para levantar finalmente el cerco en el que mantenían a la ciudad de Bilbao. Ésta fue la denominada batalla del paso de las Muñecas, que es un collado de 410 m de altitud que marca el límite entre Cantabria y el País Vasco. Sucedió el 28 de abril cuando las trincheras carlistas de Cástor de Andéchaga fueron tomadas al asalto por el tercer cuerpo de ejército del general De la Concha. En él estaba también encuadrada una unidad de Infantería de Marina,



«Recuerdos de Somorrostro. Infantería de Marina».
Grabado de A. Morales de los Ríos.
(Fuente: archivo del autor)

el primer batallón del tercer regimiento de Cartagena, al mando del teniente coronel Manrique de Lara y Pazos. En esta acción se distinguió el capitán de Infantería de Marina José Sevillano Rodríguez, que murió en combate al frente de su compañía conquistando las posiciones enemigas del ala izquierda. El 2 de mayo las tropas liberales entraban triunfantes en la ciudad bilbaína; el asedio por fin había terminado.

La concesión de la Laureada

La actuación del batallón de Albacete y Fuster fue considerada como heroica, y por ello esta unidad fue propuesta para ser condecorada con la Cruz Laureada colectiva de la Real Orden de San Fernando. Realizado el correspondiente juicio contradictorio, ésta fue concedida el 11 de enero siguiente. El texto por el que el marqués de Molins permitía portar en la bandera la corbata



Corbata de la Cruz Laureada de San Fernando.
(Fuente: archivo del autor)

de la Laureada, tras Real Disposición del Ministerio de la Regencia de 2 de febrero de 1875, es el siguiente: «Enterrado el Ministerio-Regencia del Reino del expediente de juicio contradictorio instruido en averiguación de si el segundo batallón del primer regimiento de Infantería de Marina es acreedor a ostentar en su bandera la corbata de la Orden de San Fernando, por el mérito que contrajo en la acción de San Pedro Abanto y toma del Caserío de Murrieta el 27 de marzo último contra las facciones carlistas de las provincias Vascongadas y Navarra; y resultando evidentemente probado que dicho batallón, cuando el enemigo en el ex-

presado día sembraba la muerte entre las fuerzas que se proponían arribar a sus importantes y disputadas posiciones, se condujo con tal arrojo y bizarría, que sin abandonar la línea de combate llegó a Murrieta, dejando tendida sobre el campo más de la tercera parte de su fuerza, por cuyo alto merecimiento se halla comprendido en el artículo 32 de la Ley de 18 de mayo de 1862, ha tenido a bien resolver, de conformidad con lo informado acerca del particular por el Consejo Supremo de la Guerra en su acordada de 22 de diciembre próximo pasado, que la citada bandera tiene derecho a la corbata de referencia».

Sería impuesta el 14 de abril de ese mismo año en Castro Urdiales (Santander). Desde entonces, el heredero de este primer regimiento, el Tercio del Sur, la porta orgullosamente en su bandera nacional, siendo hoy en día la única Laureada que posee una unidad de la Armada. Su jefe, el teniente coronel Joaquín Albacete y Fuster, sería condecorado con la Gran Cruz al mérito militar con distintivo rojo, la cual está expuesta al público en el Museo Naval de Madrid.

El Cuerpo al final de la guerra

Pero el conflicto aún continuaba, y volverían a distinguirse en él más infantes de marina que no podemos dejar de mencionar. El 4 de febrero de 1875, el primer batallón del tercer regimiento de Cartagena fue agregado al primer cuerpo de

ejército que operaba en Navarra, al mando del teniente general Domingo Moriones. Con esta unidad colaboraría en la ocupación del monte Izco, Monreal y la altura del Perdón, lo que permitió levantar el asedio de Pamplona.

Mientras, el heroico segundo batallón del primer regimiento de Albacete y Fuster, tras un tiempo reorganizándose en el sector de Santander, volvería a Cádiz el día 28 de mayo de 1875. Allí se uniría al primer batallón del teniente coronel Segundo Díaz de Herrera para salir inmediatamente de nuevo a campaña todo el regimiento desde San Fernando, al mando del coronel Adolfo Colombo y Viale. El 1 de junio llegaron a Valencia para integrarse en la cuarta división del Ejército del Centro del teniente general Joaquín Jovellar.

Para acelerar el fin de la guerra, se decidió tomar de una vez la plaza principal del enemigo, la localidad de Cantavieja, en Teruel, donde se sabía que se encontraba el general carlista Dorregaray (9). Debido

a la importancia de este punto, los mandos gubernamentales, aprovechando la superioridad militar de sus ejércitos, decidieron ir cercando a las tropas carlistas desde las llanuras castellanenses hasta aquellos escarpados parajes. Allí se sucedería la batalla del barranco de Monlleó el 29 de junio de 1875, vital para



Placa y banda de la condecoración concedida a Albacete y Fuster. (Museo Naval de Madrid)

(9) Esta localidad siempre fue de suma importancia para el carlismo, además de por su situación geográfica estratégica, también por encontrarse en lo alto de un cerro y estar bien fortificada, lo que la hacía prácticamente inexpugnable. En ella se encontraba el Cuartel General, una escuela de oficiales, una fábrica de municiones y un taller de mantenimiento y de reparación de armas.



Batalla de Murrieta en San Pedro Abanto. Establecimiento tipográfico y Casa Editorial de Felipe González Rojas, Madrid. 1893. (Fuente: <http://muskiz-liburutegia.org>)

asegurar el paso hacia Cantavieja, donde destacaría ahora el primer batallón del primer regimiento de Infantería de Marina. Despejado ya el camino a esa población fortificada, se unió el Ejército de Cataluña al del Centro, comenzándose el asedio. El día 5 de julio de 1875 se produjo el ataque definitivo, en el cual participaron los dos batallones del primer regimiento. El segundo batallón, todavía al mando de Albacete y Fuster, tuvo la misión de cubrir el barranco que llevaba a Cantavieja para impedir que pudiera escapar el enemigo durante la noche del asalto, y directamente participaría en la acción el primer batallón. Una vez tomadas a la bayoneta las trincheras más cercanas y después de destruir los primeros edificios del pueblo desde donde hacían fuego los soldados enemigos, se organizó una maniobra de diversión por el flanco derecho mientras dos columnas asaltaban frontalmente. Una de éstas estaba compuesta por los infantes de marina del teniente coronel Díaz de Herrera, quien murió valientemente en los últimos momentos del asalto.

Conquistada Cantavieja, durante las semanas siguientes el regimiento continuaría la persecución de los carlistas, cubriendo la retaguardia de la división. Así participaría en las acciones de Sanahuja, Guisona y Suria y en el asedio a Seo de Urgel, contribuyendo en la rendición de este otro bastión, tras lo cual el regimiento fue retirado del frente y trasladado en tren hasta Santander, para



Vapor *Covadonga* en el puerto de Santander.
(Fuente: Biblioteca Nacional de España)

desde ahí ser transportado en el vapor *Covadonga* a Ferrol, donde quedaría reforzando la guarnición del Cuartel de Dolores, muy disminuida porque, como hemos dicho, el segundo regimiento estaba desplegado en Cuba.

Las sucesivas victorias de las tropas gubernamentales hicieron que se fuera desmoronando todo el frente, hasta que finalmente, en enero de 1876, se conquistó la localidad navarra de Estella. Esto es lo que provocaría que el derrotado Carlos VII cruzara apresuradamente la frontera con Francia el 28 de febrero, justo el mismo día que el rey Alfonso XII entraba victorioso en Pamplona. La tercera guerra carlista por fin había terminado.

Estos heroicos regimientos de Infantería de Marina irían regresando a sus respectivos acuartelamientos durante las semanas y meses siguientes, incluido el de Ferrol tras estar desplegado en Cuba casi diez años seguidos. Quedaba registrado para la posteridad el más alto cumplimiento de nuestro lema: ¡Valientes por tierra y por mar!





Interior del hangar de la 3.^a Escuadrilla en la zona de levante de la FLOAN.
(Base Naval de Rota). (Foto: David Silvestre Barrio)